

ANALES

DE LA

UNIVERSIDAD DE VALENCIA

AÑO XI * 1930-1931

CUADERNO 82

DISCURSO

LEIDO POR EL

EXCMO. SR. CONDE DE GIMENO

EN LA SOLEMNE SESIÓN NECROLÓGICA

QUE LA

FACULTAD DE MEDICINA DE VALENCIA

CELEBRÓ

EL 6 DE DICIEMBRE DE 1930 EN HONOR DEL ILUSTRE SABIO ESPAÑOL

JAIME FERRÁN

EXCMOS. SRES.:

SEÑORAS; SEÑORES:

ESTOY de nuevo entre vosotros. Decir que es honda mi emoción sería inútil: ¿Quién se atreverá a negar el influjo del ambiente que un día nos fué grato y, que, al ser renovado por la vista, empuja a la memoria al encuentro de lo pasado, con la poesía de la añoranza que da el tiempo, irreversible e implacable? Bastaría el sitio para explicarla.

Este severo y augusto Paraninfo donde quisiera uno coger en el aire el eco de voces ya extinguidas; esos retratos de varones, todos ilustres, menos uno que debió tan desmedido honor a la amistad y no a la justicia; el reflejo de la Valencia de mis amores aquí vibrante; este sitio mismo,

tantas veces envidiado cuando tenía la ambición en germen y al que la suerte, pródiga siempre conmigo, me trajo más tarde; todo me conmueve y enternece, me turba y me confunde. ¿Cómo olvidar los sucesos que en este recinto fueron marcando diferentes períodos de mi vivir? ¡Días dorados de juventud estudiantil turbulenta; años tranquilos de Maestro en plena posesión de la Cátedra tan ansiada; rápidos fulgores de vida ministerial que en ocasiones vine aquí a gozar..! ¿Cómo borrarlos de la memoria? Ahora aumenta mi emoción vuestro saludo. El primero, de un alumno del sexto año, representante de la juventud que se asoma a un mundo lleno de inquietud, aún no repuesto de la crisis sangrienta de la pasada guerra, y no es extraño que su ánimo refleje las sacudidas y la turbación de la época presente. Agradezco sus frases cariñosas y quisiera en este momento poder estrechar su mano para darle efusivamente las gracias y abrazar a todos aquellos de que se ha hecho el vocero, si mis brazos fueran hasta donde va mi deseo.

En cuanto al Decano, es un vástago de una dinastía que ha ennoblecido con sus virtudes profesionales y su saber la historia de la medicina valenciana durante un siglo. Conoci al abuelo y aprendí a estimarle; conocí al hijo y mi afecto a él aumentó lejos de palidecer con el tiempo; conozco al nieto y declaro que no desmiente la herencia ni la tradición de la familia. Ahora saludo en él al Decano de la Facultad y le rindo público testimonio de reconocimiento.

Yo no soy el que decís. Bien veo que vuestra buena amistad se vale de la hipérbole para tratarme. Pero no os engañéis ni se engañen los que os oyen. No he sido nada de lo que creéis. Sólo un hombre (y lo mismo diría en el momento solemne de mi muerte, si fuera necesario), un hombre que en su interior no ha dado nunca valor alguno a lo que ha hecho y a lo que ha sido, sabiendo que sólo lo ha debido a la fortuna ayudada de la casualidad, instrumento siempre de la voluntad divina.

Por eso nunca os agradeceré bastante, queridos amigos de esta Facultad de Medicina, vuestra bondad, que en-

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

volvisteis en exquisita cortesía al invitarme; jamás cabrá mi gratitud en la medida de lo que os debo. ¿Por qué lo hicisteis? ¿Porque un día formé entre vosotros o porque algunos conserváis viva la memoria de aquella campaña trabajosa del año 1885 durante la cual, en medio de los estragos de la epidemia mortífera, fui el porta-estandarte de una iniciativa salvadora que luego ha sido honra y prestigio de la medicina española? ¿No pensasteis en que, aun manteniéndose firme mi voluntad, siempre a vuestro servicio, tal vez dejara de asistirme ahora aquel esfuerzo que exigen el sitio y el tema cuando el caso no admite rebeldías en trances semejantes?

Para salir de mi apuro tendré que buscar apoyo en el recuerdo del sabio al que dedicáis este tributo; de Ferrán a quien me unió amistad profunda y sincera tantos años; a quien admiré por su genio; saqué yo solo al mundo de la controversia cuando apenas era de alguien conocido; alenté en su empresa difícil; ayudé con mi entusiasmo y mi palabra; sostuve en sus tribulaciones y consolé en sus amarguras, tratando siempre de que con mi cuerpo se abroquelara su ánimo contra la envidia ruin, la ignorancia ciega y la malicia de los que intentaron aplastarle; contra todos los que olvidaban que la verdad es ascua que no se apaga bajo las cenizas, sino que con el tiempo se enciende y se levanta en llamas para iluminar a las inteligencias de buena fe, quemar lo que hubo de rastrero y miserable y purificar lo que el error empañó.

Quizá, violentando mi deseo de agradaros, no aceptara vuestra honrosa invitación a no tratarse de Ferrán. Eso os obliga a la paciencia para escucharme; pero no temais, sin embargo, que en lo que haya de deciros fatigüe vuestra atención con disquisiciones técnicas fuera de lugar. La experiencia, si no ha podido hacerme sabio, me ha hecho en cambio discreto y eso será en beneficio de vuestra bondad para escucharme.

* * *

Cólera del 85

Corría Marzo de 1885. El miedo movía a la gente porque asomaba de nuevo la amenaza del cólera morbo con la visión macabra de cadáveres sin cuento de pasadas epidemias. Dos años antes el huésped indeseable había recorrido con sus horrores el valle del Nilo y meses después aparecía en Marsella. Estaba ya a nuestras puertas. Por doquiera se veía el recelo, reinaba la inquietud y se imponía el cuidado. El descubrimiento reciente, que un doctor alemán, Koch, había hecho del microbio causante de la enfermedad, no era aceptado por muchos médicos, y, para las personas profanas, más que de consuelo, servía de mayor alarma, pues soñaban con el bacilo vírgula y creían que existía en todas partes cual enemigo invisible dispuesto a acometidas traidoras.

*Aparición de la
vacuna*

De pronto una noticia, que fué como un toque de clarín estridente, corrió por las columnas de la prensa, comentada con avidez. Hablábse de una especie de vacuna y, como tal, capaz de evitar el cólera. Era mejor que un remedio curativo; era un recurso para ponerse a cubierto del peligro. Su autor, un médico oscuro que vivía en Tortosa y se llamaba Ferrán. ¿Sería verdad tal intento? Había que verlo; y un día tomé el tren acompañado de dos médicos jóvenes que habían sido discípulos míos, Garín y Colvée, y allá a Tortosa fuimos llevados por la curiosidad, que, cuando se agudiza, es de las cosas con alas la que más vuela.

Ya podéis imaginaros que el sumario de nuestra charla durante el viaje había de ser cólera, vírgula, vacuna y Ferrán. Contaba yo a mis compañeros cosas de anteriores epidemias asoladoras y pasaba revista a cuanto la medicina supiera hasta entonces de la peste azul, subrayando con ironía las hipótesis insustanciales de nuestros libros sobre el cólera, uniendo a ellas los disparates ridículos del vulgo que el miedo hipertrofiaba. Y los tres expedicionarios nos reíamos a mandíbula batiente de los que sostenían arcaicas mentiras con fe inverosímil.»

*Un sembrado de
errores*

Si conmigo dierais un salto atrás, señores, y, borrados por un instante los 45 años transcurridos, pasáramos revista a lo que en aquellos tiempos sabíamos del cólera, que de

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

vez en cuando salía del Ganges para aterrar el mundo (así, creedme, para aterrarlo), los que no tenéis canas aún os asombraríais de las patrañas que reinaban sobre la causa y la naturaleza del mal. Bueno es recordar aquello para comprender la explosión de luz que súbitamente iluminó el camino de salvación gracias al virgula de Koch y a la vacuna de Ferrán. ¿Cómo podríais creer que se atribuyera el cólera a estados eléctricos de la atmósfera, a ciertas tempestades, a nieblas pertinaces, a terremotos lejanos, a un veneno ácido que penetrara por la boca, a un aerolito caldo del cielo, a un parásito del arroz indio y a gusanillos flotantes llevados por el aire de acá para allá? El espíritu humano, atribulado, no acertaba a encontrar la causa ni el modo de curar el cólera: era aquella un maléfico duende que se burlaba de la rebusca y era la curación un secreto sin descifrar. El aire, la tierra, el agua, las emociones morales, los excesos de la mesa con ayuda de Baco y de Venus, dioses mitológicos a cuyas espaldas solemos echar el peso de nuestras torpezas, ciertas frutas y verduras en que se creía oculto el principio maléfico. . . . ¿Qué se yo?; no había rincón del vivir que no fuera huroneado por la investigación ansiosa, para caer en el desaliento luego, rendida y desengañada de inútiles pesquisas.

Será preciso señalar con piedra blanca el día en que Roberto Koch hubo sacado del fondo donde la avara Naturaleza lo ocultaba, el bacilo que por su forma curva fué llamado virgula. Ante aquel reciente descubrimiento podían huir como espantajos y engendros de la ignorancia tantas fábulas estúpidas con que se trataba de explicar lo que se llamaba *quid divinum* de las pestes o *genio epidémico*, cuando era más diabólico que divino y solo merecía ser llamado genio el hombre que acababa de descubrir el maldito germen de la dolencia mortal.

¿Pero creéis que el conocimiento médico, antes del hallazgo del virgula, servía para curar el cólera? Gran error. Innumerable era la lista de recursos que una inventiva ciega proponía a diario. Desde la quinina inofensiva para el caso

*Descubrimiento
de Koch*

*Terapéutica y
profilaxia arcaicas*

hasta la estricnina violenta y el peligroso arsénico, pasando por vomitivos y purgantes, sudoríficos y diuréticos, todo un arsenal de armas embotadas se ofrecían a la vacilante elección. Así el opio adormecedor y el hastchich embriagante, el sencillo sinapismo como la aventurada sangría, el calor, el baño, las fricciones estimulantes, las inyecciones intravenosas, cuanto la materia médica podía ofrecer al afán de curar. Y contra ello el tanto por ciento de mortalidad aterradora seguía desmenbrando las familias y rellenando las fosas donde la epidemia reinaba.

Pero aún iba más descaminado el ingenio cuando trataba de evitar el mal. A las antiguas hogueras encendidas en las calles de las ciudades medioevales contra la peste negra, habían sustituido contra la peste azul los reguerillos de pólvora que se quemaban en las casas, el vinagre con que se rociaban pisos y paredes, las monedas de cobre, sumergidas en ácidos fuertes, el cigarrillo de alcanfor siempre en la boca, la faja de lana abrigando el vientre y para los espíritus reposados, el consejo del valor y la serenidad, cual si con ellos se espantara la causa invisible.

¡Ah! aún quedaba el último recurso para las gentes asustadizas: la fuga...

Tenía que declararse impotente la ciencia acusada de ignorancia, mientras el cólera en terribles epidemias continuaba segando vidas.

Las vacunaciones

Todo esto lo he conocido yo, presenciando como, en medio de tal desbarajuste, el anuncio de una vacuna contra el cólera fué a modo de agujero de luz abierto en la negrura. Conocían ya los médicos ilustrados las vacunas del gran Pasteur para evitar el carbunco y el cólera de las aves de corral. ¿Por qué no podía haber para el hombre vacunas análogas? ¿Era tan diparatada esta suposición? Tales preguntas hacían simpático el nombre de Ferrán. Si su vacuna era verdad, abajo las precauciones inútiles y ridículas y abajo también las prácticas y las pócimas ineficaces.

Bastaban unos pinchazos en el brazo para inmunizar contra el mal.

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

Con estas consideraciones y rumiando así un apetitoso alimento del espíritu, llegamos a Tortosa. Recuerdo aquella expedición como si fuera ayer. La memoria de los viejos es próspera como suele ser su vista: ve más claras las lejanías de la vida que lo que acaba de tocar.

Ferrán nos recibió, junto a su constante colaborador Paulí, con bondadosa complacencia. Brindaba amistoso trato su modesto continente. Varias horas sostuvimos provechosa plática con él. Conocía yo a Ferrán de oídas; sabíale muy versado en el manejo del microscopio y en la técnica bacteriológica y no eran novedad para mí el premio que había obtenido, poco antes, de la Real Academia de Medicina de Madrid, y sus publicaciones sobre materia tan poco conocida por entonces en España. Su pericia en la preparación de vacunas animales no era un secreto. Sus fotografías de preparaciones microscópicas, perfectas. En vez de un aficionado que ensayaba veíase en él un Maestro capaz de inspirar confianza.

El Ayuntamiento de Barcelona habíale enviado con Paulí, un año antes, a estudiar en Marsella el cólera, donde al lado de Nicatti y Riesch, había hecho sus primeros ensayos con el vibrión colérico. De allí había traído lo que pudiera llamarse la simiente de sus cultivos; y era de ver con qué deleite agitaba al trasluz delante de nosotros el turbio caldo de los matraces en que al abrigo de la estufa se multiplicaba aquel microbio funesto. Mientras hablaba Ferrán, metidos en sus jaulas, allá en un rincón, acompañaban los conejillos de Indias, su palabra tranquila y pausada, con el continuado y leve crujir de sus dientecllos roedores devorando la hierba fresca que les servía de pasto.

Hablaba el bacteriólogo con convencimiento y firmeza. Eran de tan sobria y clara precisión sus razonamientos, que inclinaban el ánimo a admitirlos. ¿Observaciones, dudas? Muchas le hicimos y expusimos; ninguna quedó sin ser aclarada. Tenía su lógica la solidez de la verdad experimental y animaba su espíritu una fe que no le abandonó en toda su vida y constituyó el mejor sostén de su trabajo.

Las primeras vacunaciones anti-coléricas

El procedimiento de su vacuna era ajustado al método pasteuriano: servíase de un cultivo atenuado del bacilo colérico incapaz de producir la enfermedad pero bastante para evitarla. Las vacunas de Pasteur contra el carbunco y el cólera de las gallinas eran también cultivos atenuados de los microbios respectivos. Tan clara resultaba la cosa y tan lógico el procedimiento que quedamos del todo convencidos. La vacuna era completamente inofensiva. Ferrán hacía tiempo que se había vacunado varias veces; luego había inoculado a su familia y a sus amigos. En Barcelona algunas personas, entre ellas médicos, se habían prestado a lo mismo. ¿Qué más se podía pedir? ¡Fuera todo temor! Colvée, Garín y yo presentamos al pinchazo nuestros brazos desnudos, satisfechos allá en nuestro interior de tal atrevimiento.

Picábanos luego la curiosidad de ver al microscopio el bacilo de Koch vivo. No se había visto nunca en España y, solo por los dibujos teníamos de él una idea. Asomados ávidamente al ocular distinguimos sobre el fondo pálido del cultivo líquido una multitud increíble de hilillos cortos, finísimos, sutiles, encorvados o retorcidos en espiral, que serpenteaban con rapidez asombrosa, deslizándose flexuosos o chocando entre sí, en un bullir y rebullir que pasmaba y hacía pensar en la energía formidable que pone Dios en lo pequeño.

Instintivamente echaba uno la cabeza atrás. ¡Allí estaban, allí aquellos hilillos de unas pocas milésimas de milímetro eran los mismos que daban la enfermedad y con frecuencia la muerte fulminante y certera! Por algunas horas no pude borrar de mi retina la visión, y, aquella misma noche, al asomarme a la ventana y ver rielar la luna en las movidas aguas del Ebro, parecíanme sierpecillas brillantes los reflejos fugitivos de su luz.

Divulgación de la vacuna

Al despedirnos del bacteriólogo le hice ver la conveniencia de propagar la vacuna y sus ventajas. Algunos periódicos científicos españoles habían dado ya la noticia del descubrimiento. En el extranjero sólo la Academia de Ciencias de París conocía el invento gracias a una nota

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

enviada por Ferrán. Pero había que hacer más; escribir, hablar, divulgar antes de que el cólera, que amenazaba desde Francia, invadiera a España de un momento a otro. Ferrán me confesó que nunca se atrevería a hablar en público: le embarazada una timidez innata revestida de una modestia no simulada. Me invitó a que yo lo hiciera y ofreció mis medios de expresión, mi pluma y mi palabra, cuanto podía dar de sí mi modesto valer. Sentía yo el ardor del propagandista y no vacilé. Estaba poseído de verdadero entusiasmo y orgulloso de poder ayudar a Ferrán.

Mi primera conferencia fué en el Instituto Médico Valenciano. Todo lo expuse en ésta. La ciencia patria podía sentirse envanecida. Se había encontrado el medio de cortar el vuelo a aquella mortífera peste que de vez en cuando salía del Ganges en alas de la muerte para asolar el mundo.

Al principio todo fué bien, no sé si por el asombro o por la sorpresa de cosa tan inesperada. Muchos médicos parecieron convencidos: otros, los menos, guardaron silencio, esperando que éste les ayudara a hallar argumentos contra una novedad para ellos tan inverosímil.

La vacuna de Ferrán fué pronto pasto de las conversaciones todas. A diario se desbordaban los comentarios de las columnas de la prensa. Menudearon los sueltos y los artículos. La atención, mantenida así, hacía creer que la vacuna iba a ser empleada sin obstáculos tan pronto como el temido huésped salvara las ridículas barreras de la higiene oficial, burlándose de lazaretos y cuarentenas.

Pronto había de llegar la ocasión de verlo, y la ocasión llegó. Los primeros casos sospechosos aparecieron en Játiva y con ellos el germen de la alarma. ¿Era aquello el cólera? ¿De dónde había venido? ¿Sería paludismo, como decían los que se imaginaban que con la mentira se tapaba el miedo? El Gobernador, señor Botella, nos llamó a Candela y a mí, para que como individuos de la Junta Provincial de Sanidad aconsejáramos medidas. Era Candela un entrañable y nunca bastante llorado amigo mío: catedrático de esta Facultad, fué uno de los que estuvieron siempre a mi lado. Indiqué al

Epidemia de Játiva

Gobernador el nombre de Ferrán, juez inapelable para hacer el diagnóstico de la enfermedad, y Ferrán fué llamado. Marchamos a Játiva con él y de Játiva volvimos convencidos. El cultivo del bacilo recogido confirmó el mal. A los pocos días las salpicaduras de la epidemia mancharon toda la ribera del Júcar. Decididamente teníamos ya el cólera en casa.

*Primeros ataques
contra la vacuna*

Cambió la decoración: era de esperar. La vacuna contra el cólera llegaba como una novedad inconcebible: apartábase de todo lo sabido. ¿Es que el cólera del hombre, decían algunos, era acaso como el cólera de las gallinas estudiado por aquel Pasteur que muchos de nuestros médicos no conocían ni de oídas? ¡Ah!, el misonéismo descreído, el misonéismo criminalmente hostil, el odio, el odio a lo nuevo, sacó la repugnante cabeza! Y con él se dió a luz y creció pujante la punible desconfianza de los españoles para todo lo que un compatriota hace de grande. ¿Cómo un médico oscuro de Tortosa tenía la pretensión de intentar lo que todos los sabios del mundo no habían conseguido? El descubrimiento no debía ser verdad: ningún aire de fuera lo había traído. ¡Bah! ¡Un bacteriólogo en Tortosa. . . . ! Junto al Ebro no podían darse frutos semejantes.

*El rasgo inmortal
de Alcira*

Pero una ciudad hubo que con su entusiasmo logró grabar su nombre en la historia de la cultura: Alcira. El doctor Estruch, práctico ilustrado y concienzudo, vislumbró la verdad y acudió a nosotros. Empezaba el cólera a cebarse en la población que circundan los hermosos naranjales regados por el Júcar. No vi nunca gente como aquella tan fácil al convencimiento. Sólo un discurso en la casa municipal bastó para que todo el mundo se prestara a ser inoculado. ¡Viril pueblo de Alcira que hubo de despreciar más tarde durante la campaña, patrañas y calumnias, sostenidas por su fe!

*Vacunaciones en
Valencia*

Al mismo tiempo que Alcira se prestaba al ensayo, mucha gente se vacunaba también en Valencia. Como la vacuna era inofensiva y sólo producía una ligera reacción febril, el deseo de verse pronto a cubierto del peligro próxi-

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

mo ardía en los más animosos. Casi toda la Facultad de Medicina se vacunó, dando ejemplo, su Decano Campá y luego Crous, Magraner (Candela lo había hecho mucho antes), Ferrer y Julve, Guzmán, Constantino Gómez, uno de los antiguos Maestros aún viviente para satisfacción suya y de los que bien le quieren, poco después acérrimo enemigo de la vacuna; Cajal, que también más tarde se declaró hostil, Aguilar, Ferrando, Garín, Pastor, Navarro, otros médicos además, militares y de Marina, del Hospital, del Cuerpo de Higiene y hasta cerca de doscientos se inocularon al principio solo en la capital. A ellos se unieron ingenieros, abogados, industriales, comerciantes, gentes de todas condiciones. El Ateneo, donde brillaba lo más escogido de la intelectualidad valenciana, se vacunó casi en masa. Aumentaba de día en día el número de los partidarios de Ferrán. Podía decirse de su invento que adquiría fuerzas marchando, como el clásico latino decía de la fama.

Pero también pudo decirse, como en los tiempos de Beaumarchais al escribir su *Barbero de Sevilla*, que la calumnia insidiosa, empezando por ser un vientecillo, amenazaba con ser un vendabal. A ella se decidió la ignorancia a pedir auxilio, afectando miedo. La vacuna, decían, era peligrosa, producía flemones y podía propagar la epidemia. Alguien habla que, *sotto voce*, en ocasiones y a voz en grito otras, denunciaba defunciones falsas y peligros imaginarios. ¡Qué pronto pierde los estribos el pobre espíritu humano cuando le acomete el miedo o le marea el orgullo!

Arrecia la campaña contra la vacuna

Las discusiones científicas sobre la vacunación se sostenían en el Instituto Médico y en el Ateneo de Valencia. Eran ruidosas y animadísimas. El público acudía ansioso y yo me veía obligado a llevar todo el peso de la defensa de Ferrán. Nunca pude poner más a prueba mi entusiasmo y mi actividad. ¡Quién tuviera aquellos 35 años que despreciaban la fatiga e ignoraban el descanso! Ferrán fué para mí en aquellos días, y continuó siendo siempre, fuente inagotable de conocimientos. Empapado como nadie en el de la bacteriología recién nacida, me facilitaba a cada paso notas,

datos y argumentos que oponer a los contrarios. Con él no necesitaba yo libros.

*La vacuna en
Madrid*

En plena efervescencia de opiniones y en rápida marcha ya la vacunación por varios pueblos de la provincia que la pedían ansiosos, fué cuando, invitado por Moret, Presidente del Ateneo de Madrid, tuve que ir a dar en él una conferencia. Celebróse la sesión el 27 de Mayo y no olvidaré jamás aquella vez primera que pude hacerme oír en tal recinto, terreno entonces de cultura intelectual provechosa. Era Moret un hombre a quien la elegancia de figura y porte salía garante al exterior de lo sutil y fino de su inteligencia, repleta de erudición pasmosa. Me presentó al público cariñosamente y eso me alentó. Hablé y traté de convencer. La ovación fué toda para Ferrán que, silencioso entre la gente, se daba a la modestia más que al orgullo.

Era lógico que, celebrada la conferencia, encontrara ésta comentarios en la prensa de Madrid. La mayoría de los órganos diarios de la opinión alentaron y celebraron a Ferrán: unos pocos se encerraron en espectación benévola. No exagero al decir que España entera se interesaba extraordinariamente por la vacuna. Si hubiera traído aquí los millares de recortes, recogidos y guardados, de periódicos políticos y no políticos, de crónicas y revistas ilustradas con el sinnúmero de grabados alusivos, llenarían los tales esta mesa y escaparían de ella desbordándose en cascadas de papel.

No había día en que no se hablara de Ferrán. El virgula estaba tan de moda que, no satisfecho con salir a diario en la prosa de los artículos científicos y pseudo-científicos, se atrevió a asaltar la cima de la poesía, así como antes no había mostrado timidez al entrar en el Parlamento. El gran Castelar había ya pronunciado el 18 de Mayo en el Congreso uno de sus hermosos discursos, poniendo su palabra al servicio de Ferrán a quien, según él aseguraba, «no tenía la suerte y la dicha de conocer», elogiando su calidad de sabio y pidiendo al gobierno una subvención para él y sus trabajos.

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

Llegado yo a Madrid días después, fui a ver al famoso orador en su casa de la calle de Serrano para darle las gracias. Ferrán se negó a acompañarme: el encogimiento de su carácter rayaba en lo inverosímil. Lleno mi corazón de reconocimiento a Castelar que, en una de sus hipérboles, me había llamado el evangelista de la vacunación anticolérica, me sentí confundido en su presencia. Guardo el recuerdo de la entrevista como uno de los más gratos que conserva la memoria en las páginas de mi vida.

He dicho que el microbio asaltó la poesía y nada más cierto. Multitud de coplas, romances y sonetos, aparecían a cada paso. ¿Queréis oír algo que os agradará escuchar y que podrá consolaros de la aridez de mi discurso? Es de Echegaray en el apogeo de su fama de dramaturgo genial por aquel tiempo. Preparaos a aplaudir:

EL DIABLO Y EL BACILLUS

Buscando de la peste en lo pasado
el negro germen y la impura esencia,
entre redomas de unto y pestilencia
encontróse a Luzbel acurrucado.
Hoy la vieja visión se ha transformado
y vemos de un cristal por la potencia,
del virus en la turbia transparencia,
un infusorio ruin pasar a nado.
¡Sigue la procesión! ¡Sigue la tandal!
El diablo muere y el microbio pica
con la ponzoña que a la sangre manda.
Y, sin embargo, al fin todo se explica.
¿Qué es la lente? La ciencia que se agranda.
¿Qué es el microbio? El Diablo que se achica.

Comentamos este soneto con Letamendi, en cuya casa de la plaza de la Lealtad junto a lo que ahora es el Ritz, nos había acogido su cariñosa hospitalidad a Ferrán y a mí durante nuestra breve estancia en la Corte. Letamendi tomó desde el principio la causa de la vacuna como suya. Hombre de poderosa fuerza mental, a ratos médico y a ratos poeta,

pintor y músico a la vez, siempre profundo pensador y maestro en todo, poseía perspicacia aguda, humorismo de buena ley y rara habilidad para hallar la metáfora oportuna con que vestir una idea. Se unió a Ferrán muy bien. Fraternidad de cerebros más estrecha a veces que la de la sangre.

Comisiones oficiales y particulares

Después del discurso de Castelar, acicate oratorio en el Congreso, el gobierno tuvo que salir de su pasividad. No eran ya los tiempos de cinco meses antes en que el médico de Tortosa había teleografiado a Romero Robledo sin que éste se dignara responderle. ¡Cuán triste papel desempeñó en la campaña del cólera aquel Ministro, adocenado político, travieso enredador parlamentario y educador de caciques, influido por médicos que le torcieron el ánimo con su ignorancia! El Gobierno nombró una comisión compuesta casi toda ella de personas de gran solvencia científica. Presidíala Alonso Rubio, Presidente del Real Consejo de Sanidad, y la formaban, además, Maestre de San Juan, San Martín, Catedráticos ambos de la Facultad de Madrid y Mendoza del Laboratorio de San Juan de Dios, a los que se agregó García Solá, Profesor de la Facultad de Granada, uniéndose también a ellos, sin voz ni voto, Cabello, nombrado por el Ministro de Marina y Cabezas por el de la Guerra.

En aquellos días Alcira y Valencia rebosaban de comisiones de todas partes; de médicos extranjeros y nacionales; de periodistas españoles y de diversos países; de multitud de curiosos atraídos por la enorme importancia del asunto. Vibraban a cada instante los hilos telegráficos: cruzábanse preguntas y respuestas: había verdadera ansiedad por tener noticias sensacionales de la vacunación y sus efectos. La cosa valía la pena. El cólera era enemigo terrible y el arma para evitarlo había de ser inapreciable.

Llegó también de Madrid buen golpe de médicos jóvenes, contemporáneos y amigos míos, dispuestos a saber la verdad y a defenderla, y, convencidos pronto, se agruparon a nuestro lado. Eran, el batallador Pulido, que había de ocupar en la medicina social un puesto relevante y que más tarde fué cronista de la vacunación antituberculosa e inse-

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

parable de Ferrán hasta los últimos momentos del gran bacteriólogo, y con él Tolosa Latour, rico de inteligencia y pródigo en afectos; Serret, periodista médico de buen fuste; Comenge, ágil pluma escarbadora luego de secretos médicos de la historia, y Moreno Zancudo, que dejó a su hijo su renombre.

No faltaron, sin embargo, compañeros rabiosamente hostiles, de cuyo nombre más vale no acordarse a fin de que no caiga sobre ellos con mayor pesadumbre la responsabilidad de tantas vidas que hubieran podido salvarse y que el cólera tronchó. Uno de ellos hizo su campaña solapadamente; ni en una sola ocasión se oyó su voz en público; hubo otro que, dando la cara abiertamente, vengó con desahogos oratorios sus quebrantos de amor propio y entregó a la elocuencia su talento indudable. Eso y lo que sucedió había de suceder. La historia de los descubrimientos humanos está llena de casos tales.

A pesar de todo seguían en gran escala las vacunaciones en los pueblos y en la capital, a medida de que, en aquéllos principalmente, se veía lo asombroso del menor número de invadidos y muertos al ser mayor el de inoculados. Las peticiones iban acompañadas de ardientes deseos. Ferrán había montado su laboratorio en una casa recién construida y aún no terminada en la calle de Pascual y Genís, en donde nuestra juventud universitaria, henchida frecuentemente de anhelos nobles, tuvo la feliz idea de hacer incrustar una lápida en recuerdo del gran bacteriólogo e inolvidable bienhechor de la humanidad. La casa era de Candela, quien la ofreció desde el principio, sin saber los disgustos que había de darle el generoso ofrecimiento, pues hubo noche que estuvo en serio peligro de ser quemado por los sectarios misonieistas aquel lugar de inoculaciones sin cuento. Hasta eso llegó la saña.

A sus puertas se agolpaba la gente a todas horas. Gran trabajo teníamos en dar abasto a tal ansia de vacuna. La epidemia se había extendido causando numerosas víctimas y el ejemplo de los pueblos donde la inoculación la extin-

Siguen las vacunaciones en Valencia

gula visiblemente, hacía crecer en muchos la ansiedad por ser vacunados. Ayudábanos a Ferrán y a mí en la diaria tarea de recibir comisiones y atender al trabajo de inyecciones innumerables, amigos entusiastas y unos cuantos médicos jóvenes que habían sido mis discípulos y cuya cooperación iba acompañada de celo y desinterés inolvidables. Algunos de ellos viven aún por fortuna; a otros se los llevó la muerte antes de hora mereciendo nuestro constante recuerdo. Ya no existe aquel Garín, que fué luego catedrático de relevante mérito, cuyo corazón de oro supo siempre servir lealmente a su vivo y despierto cerebro; aquel Colvée, catedrático también, de juicio constantemente acompañado del acierto; y, aquel Torres que trató a la fortuna con despego y desenfado, confiando demasiado en su talento enriquecido con un humorismo sin igual. Los que aún viven de aquéllos sabrán recordar bien los días de la campaña anticolérica en la que fueron inteligentes actores, Navarro, hasta ha poco catedrático en activo, el grave y sesudo Navarro de quien alguien podrá creer que el peso de los años le dieron seso y gravedad, aunque ya debió nacer sesudo y grave, pues siempre le conocí así, atrayendo simpatías con su inteligencia, hermana gemela de su bondad; y Pastor, vuestro respetable rector honorario, unido a mí por lazos de familia que no son ciertamente más estrechos que los del antiguo afecto, y al que me está vedado elogiar.

Estadísticas

A otra cosa había que atender y a ella se atendió en los pueblos donde la tarea resultaba fácil y expedita y no en la capital donde era imposible.

No sólo había que vacunar sino también probar con números la eficacia de la inoculación. Para eso exigíanse las estadísticas y éstas se llevaban con verdadera escrupulosidad. Nosotros no intervenimos para nada en su confección. Estaban a cargo de los médicos de la localidad respectiva y autorizadas por sus firmas, por las del Alcalde y Juez municipal y algunas, además, por el Párroco y Notario. Se hacía constar en ellas el censo oficial de población, el número total de invasiones y fallecimientos y el correspon-

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

diente a los vacunados, revacunados y sin vacunar. Niego rotundamente que se pudieran hacer mejor y presentarse con mayor autoridad. La vacunación de Ferrán se ha extendido por todo el mundo. Tengo con frecuencia a la vista las hechas de la vacunación anticolérica en diversos países de Europa, Africa, Oceanía y Asia, antes, durante y después de la guerra. Se han publicado en el *Bulletin de l'Office International d'Hygiene*. No he encontrado ninguna que tuviera más garantías: sólo llevan la afirmación de los médicos.

Pues a pesar de todo, al ver los detractores de Ferrán que de las estadísticas de la inoculación resultaba palpable y clara su eficacia, las llamaron defectuosas y hasta se atrevieron a tenerlas como falsas, amontonando sobre ellas todo género de imposturas. Aún hubo en Madrid quien, siendo médico, se atrevió a mofarse de los médicos de pueblo que las firmaban. Fué esto en el debate sostenido en el Ateneo de Madrid durante la segunda quincena de Julio, dándome ocasión para imponerle de mi parte un severo correctivo con palabras que el Ateneo subrayó con sus aplausos.

*Sigue el debate
sobre la vacuna*

La comisión nombrada por el Gobierno tuvo a su disposición cuanto necesitara para formar juicio. Examinó el líquido de la vacuna, visitó Alcira y otros pueblos vacunados, consultó a sus médicos y autoridades, revisó las estadísticas que estaban formándose, reunió todos los elementos necesarios para opinar, apartó de su lado insinuaciones malévolas, dió oído sordo a las calumnias contra Ferrán y manteniéndose firme, sufrió toda suerte de dificultades venidas del Gobernador Botella, servil instrumento de Romero Robledo. Al fin, después de tres semanas tornó a Madrid. Su dictamen fué imparcial y sereno. En él decían Alonso Rubio, Maestre de San Juan y San Martín, los comisionados de más respetabilidad, que el líquido de la vacuna era un cultivo de vírgula, y su inoculación inofensiva, que las estadísticas parecían favorables, que la experimentación debía continuar y que Ferrán era acreedor a la protección del gobierno.

Como contraste, el Ministerio de la Gobernación,

prohibía casi al mismo tiempo las vacunaciones en toda España. Esto merece particular mención en mi discurso a fin de que se vea que había llegado al rojo la enemiga contra la vacuna y su inventor. No hay idea de cómo se desataron la envidia de los profesionales, la ignorancia de profanos y no profanos y la mala fe de los aviesos. Mordía fieramente la calumnia y crujía el látigo del insulto: la asechanza vigilaba y la inquisición ruín husmeaba por doquier, tratando de hallar pretexto para difamar. A pesar de la opinión de los hombres de ciencia que habían asegurado lo contrario, decíase que el líquido de la vacuna estaba lleno de impurezas; añadían que había vacunados que morían a las pocas horas y que las inflamaciones en los brazos exigían frecuentemente intervenciones quirúrgicas. A Ferrán le negaban conocimientos, a mí me motejaban de orador vanidoso y a los innumerables partidarios nuestros les llamaban coro de ignorantes aduladores. La credulidad de los tontos acogía los atrevimientos de la mentira: para ellos la vacuna era un cebo con que cazar incautos y Ferrán un mercachifle ojeador de bolsas ajenas.

*La vacunación de
las Hermanitas
de los Pobres*

En tal estado los ánimos, acaeció un triste suceso que explotó la malevolencia a placer. En el Asilo de las hermanitas de los pobres en Valencia estaba haciendo horrores el cólera a fines de Junio. En once días habían ocurrido sesenta y tres invasiones con sesenta y dos defunciones. El médico del establecimiento D. Enrique López, Catedrático ilustre de esta Facultad ahora, invitó a Ferrán y éste se prestó a vacunar. En mal hora lo hiciera; pero lo hizo no sin advertir que la vacuna no tenía efecto inmunizador hasta el quinto día, período mínimo necesario para cualquiera vacuna, la de la viruela y las que luego han venido. Así se inocularon sesenta hermanas de la Caridad del citado Asilo, algunas con diarrea premonitoria ya, según constaba en el registro. Desgraciadamente de las sesenta fueron invadidas treinta dentro de los citados cinco días cuando la vacuna no podía haber inmunizado aún, y de ellas murió la mitad.

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

¡Qué ruidoso alboroto entonces! ¡Cuánta gente se llevó las manos a la cabeza con indignación! Las autoridades, que no se habían tomado la molestia de visitar el Establecimiento cuando días antes se morían los pobres a montones, acudieron solícitas al saber el hecho. Ya se tenía a Ferrán cogido en sus propios lazos. Crujieron hilos y palos telegráficos al peso de los noticiones. A las veinticuatro horas conocía el escandaloso fracaso de la vacunación toda España. Nosotros, sin embargo, esperamos confiados en la llegada del quinto día, y el quinto día llegó y con él acabaron las invasiones. No faltó quien dijo: «Gracias a Dios que la Providencia se ha cansado de cebarse en estas infelices». Y era la Providencia la que habla escogido la vacuna por instrumento. Ya sabíamos nosotros que la Providencia habla de ser ferranista en aquella ocasión. Pero Romero Robledo, que no sabía de Providencias ni entendía de vacunas, prohibió a rajatablas la práctica de Ferrán. Como es de adivinar, habla de ser más doloroso el *via crucis* a partir de aquí.

Durante esto habían entrado en juego las comisiones extranjeras; y este fué un delicado episodio que bien merece ser subrayado en mi discurso. La misión principal fué la francesa presidida por Brouardel, médico de probada competencia como forense, que venía a España acompañado de Charrin y de Albarrán, cubano y curioso filibustero éste, y, como tal no muy amigo de España y de los españoles. Estaban nombrados por el Ministro de Comercio de su país y traían el más rico presente que podían traer: una expresiva carta del insigne Pasteur dirigida a Ferrán. En ella decía éste, entre cosas muy sensatas y prácticas, estas palabras: «Lo que es preciso saber, antes que nada, es si preventis el cólera en las personas que inoculáis. Ayudad a nuestros sabios comisionados a formar sobre esto un juicio seguro. Podréis conseguirlo proporcionándoles los medios de que ellos hagan sus estadísticas. Podréis presentarles las pruebas de la no recidiva del efecto de vuestras inoculaciones, bien en el hombre, bien en los animales. Tan misteriosa es aún la cuestión de los virus atenuados y de las vacunaciones, que

*Comisiones ex-
tranjeras*

nadie está autorizado para arrojaros la primera piedra apoyado en ideas preconcebidas y razonamientos *a priori*. Sólo los hechos deben invocarse para probar vuestro método».

Con esta carta, que era todo un programa trazado por un maestro de la experimentación, se presentaron los comisionados franceses. De la naturaleza de la vacuna y de su modo de obtención no decía nada Pasteur. ¿Cómo habla de decirlo si hacía meses que era conocido todo ello de la Academia de Ciencias de París a la que Ferrán había enviado una nota con los detalles de su técnica, que había sido publicada en el Boletín de dicha Corporación del 5 de Abril? Brouardel y sus compañeros hubieran procedido prudente y acertadamente si antes de ponerse en marcha para España se hubieran enterado de lo que era ya público, y así no hubieran caído en la torpe y descortés insistencia de pedir a Ferrán el secreto de su vacuna antes de cumplir lo que Pasteur deseaba que hicieran. Se trató de demostrarles la conveniencia de seguir el camino señalado en la carta, estudiando los hechos de la vacunación y de la inmunidad y ofreciéndoles todos los medios necesarios. Empeñáronse los franceses con cierta dureza en que primero que nada se les revelara un secreto que no existía, y, ante la actitud de Ferrán, herido en su dignidad, hicieron el papel de nuestro *payo de la carta*, retirándose sin querer seguir adelante.

¡Secreto! Acepto que lo hubiera, cosa que no era verdad; ¿pero no mantuvo Pasteur algún tiempo reservada la vacuna del cólera de las aves de corral hasta asegurarse bien de su eficacia? ¡Secreto! En 1890 fui yo a Berlín comisionado por nuestro Gobierno para estudiar la tuberculina de Koch y me encontré, como todos los médicos extranjeros, con el más impenetrable de los secretos. Tuvo que poner una pica en Flandes nuestro embajador para procurarme una pequeña cantidad. En cuanto a Koch, apenas le pudo ver nadie: tuvo la puerta de su laboratorio del Instituto de Higiene en Klosterstrasse cerrada descortésmente a piedra y lodo. Sólo en los hospitales pudimos ver los efectos de la tuberculina, que resultó otra esperanza fallida. Y no se hundió el firma-

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

mento porque Koch reservara el secreto, ni los comisionados oficiales se retiraron ofendidos, ni la prensa científica internacional dejó de ocuparse en el estudio de los efectos de una substancia de composición ignorada, ni los pontifices de la ciencia indignados rasgaron sus vestiduras. ¡Ah!, pero Koch era alemán y Ferrán español, y español acosado por sus propios compatriotas en tralla... ¿Cuándo nos veremos libres de esta insania ruín que nos hace despreciar lo nuestro y poner en las nubes lo extranjero, como esos pobres y tontos pueblos de ciertas comarcas africanas que prefieren las cuentas de colores llegadas de fuera a las ricas maderas de sus bosques? Hace pocos meses tuvo la vacuna antituberculosa de Calmette un grave contratiempo en Alemania: no hubo un solo francés para censurarle y sí todos para apoyarle y defenderle. ¿Qué más, si otra vacuna antituberculosa, la de Ferrán, adoptada con éxito evidente en diversos países y en varias regiones españolas, fundada en estudios originalísimos sobre el polimorfismo bacilar que antes que nadie descubrió nuestro ilustre bacteriólogo, y que le han hecho aún más célebre en el mundo de la ciencia, es rechazada por especialistas españoles que ensalzan y aconsejan la vacuna de Calmette?

Después del suceso de las Hermanitas de los Pobres, había que volver a Madrid: urgía exponer en su Ateneo la verdad de lo ocurrido. El 10 de Julio ocupaba yo de nuevo aquella tribuna. El salón y los pasillos estaban abarrotados de gente. Había curiosidad malsana por oirme, pues muchos creían ya derribada con estrépito la doctrina de Ferrán. Os confieso, señores, que pasé un mal rato aquella noche. El público no era el mismo de dos meses antes. Los humanos agrupados son como las mieses; se doblan fácilmente siguiendo la dirección del viento que les sopla. Empecé con tranquila serenidad, muy lejos de sospechar el cambio; pero a los cinco minutos de mi discurso, me di cuenta de él. La frialdad hostil del auditorio me heló los huesos. Hubo un momento en que me sentí náufrago y miré a todas partes buscando apoyo, sin encontrarlo, en un rostro bené-

*Nuevos debates en
Madrid*

voló o una sonrisa alentadora. Entonces vi entenebrecerse el ambiente, noté que la niebla me invadía el cerebro y llegué a temer que se me agarrotaran las fauces. Pero al llegar al episodio del Asilo valenciano, tuve el acierto feliz de una frase tras de la cual estalló un aplauso ruidoso. Me sentí salvado: continué con más alientos y el final fué una nueva apoteosis de Ferrán.

Diez días después se inició un debate que duró todas las noches de una semana entera. Conferencias y más conferencias, discursos y más discursos. La Sociedad de Higiene de Madrid alternaba con el Ateneo. Era un insoportable alarde oratorio al que yo tenía que concurrir. Si Ferrán y yo no perdimos entonces la paciencia y con ella la salud debió ser porque una la teníamos bien templada en el yunque de la constancia y la otra porque Dios se sirvió conservarla. Aquello era un hervor de palabrorrea que parecía inacabable. Muchos médicos de Madrid, de los de más nota, se lanzaron a la palestra. Algunos de ellos a nuestro lado: Pulido, Grinda, Ovilo y Fernández Caro. Omíto el nombre de los de enfrente por piedad. No quiero que sirva de blanco al ridículo después del definitivo triunfo de la vacunación anticolérica en el mundo.

La casa Moya editó en un volumen los discursos del Ateneo, cuya edición vendió años más tarde, casi completa, como papel inservible y viejo. Quizá el único ejemplar que exista hoy sea el que yo tengo. Y es lástima, porque el tal libro encierra una enseñanza ejemplar: en él puede verse de qué modo la pasión hace escurrizos los mejores talentos para que resbalen y caigan en el disparate absurdo. ¡Qué cosas se dijeron aquellos días! Alguien se descolgó afirmando que lo de Ferrán no se ajustaba al criterio científico porque no había publicado la clase de microscopio que utilizaba y el ocular y objetivo con que hacía sus estudios. El que este disparate dijo, fué pocos años después catedrático. Es de suponer que rectificara antes tan peregrinas ideas. Otro hubo que echaba a Ferrán en cara su pobreza de material científico, suponiendo sin duda que un descubrimiento

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

como el de su vacuna no podía haber germinado en un cuarto modesto de trabajo. Al tal, podía recordársele que Koch descubrió los esporos del carbunco con un modesto microscopio de médico rural, y que Claudio Bernard dió al mundo sus felices y grandes hallazgos de fisiología desde un laboratorio que más era mezquino que medianamente dotado. Aún hubo, cosa increíble, quien repitió la tonta cantinela de que hacía falta averiguar si el virgula de Koch era la causa o el efecto del cólera morbo, como si en este último caso el cuerpo del colérico pudiera convertirse por generación espontánea en gusanera, en vivero de microbios. El de más allá, aseguraba, muy fómral, que lo de las vacunas no era cosa sancionada todavía por la ciencia, lo cual equivalía a borrar de la historia el nombre de Jenner y olvidarse del de Pasteur. No faltó alguien que negara la inmunidad del cólera por no haberse tomado el trabajo de leer el Griesenger. Y hasta se llegó, por un catedrático entonces de Medicina, a preguntar airadamente: ¿qué vacuna era aquella anticolérica que necesitaba revacunación?, olvidando que la antivariolosa la exige como todas las posteriormente conocidas. ¿Qué idea de los microbios y de su toxicidad variable tendría aquel otro que se extrañaba de que el virgula no explicara los casos fulminantes? No: no es posible que ahora se crea que tales engendros de la torpeza o de la ignorancia fueran sostenidos en semejante ocasión.

Pasada esta hiperestesia oratoria que llegaba a la apoteosis del dislate, y después de una entrevista que me concedió Cánovas del Castillo, Presidente entonces del Consejo de Ministros, logré que se nombrara una segunda comisión oficial, y ésta se nombró para que nos acompañara en la tarea de vacunar de pueblo en pueblo, y sólo en aquellos que solicitaran ser inculados. El nombramiento de esta comisión fué una verdadera burla. Veréis que no exagero si os digo que para estudiar microbios y la eficacia de una vacuna microbiana no iba en ella ningún bacteriólogo ni nadie que se hubiera dedicado al manejo del microscopio. ¡Estaba formada por un director de trabajos anatómicos, es decir, un

*Nueva comisión
oficial*

maestro en diseccionar cadáveres, por un especialista en sífilis y por un profesor en partos! *¿Risum teneatis amici?* No podía ser mayor el esperpento oficial. Con dichos señores, que afectaban un aire despectivo y a veces socarrón respecto a nosotros, fuimos en peregrinación desagradable, sufriendo desvíos de las autoridades, hostilidad de algunos médicos y hasta intentos de agresión de ciertos vecindarios. De Zaragoza tuvimos que salir más que de prisa: en Puebla de Híjar nos vimos obligados a abandonarlo antes de rayar el día para no correr el riesgo de que se cumpliera la amenaza de tirarnos al río; y en Alicante estuvimos a punto de dormir en la cárcel por un atropello del gobernador. La campaña no podía ser más trabajosa. Así y todo, vacunamos en Ondara, en Santa Pola y en Cambrils (tres sitios donde la simpatía y el entusiasmo nos templaron la amargura) y lo hicimos con el mismo resultado favorable de siempre, según constaba en el informe que redactó el jefe del servicio de estadística que el Ministro agregó a la comisión. Y, sin embargo, el anatómico, el sifiliógrafo y el tocólogo emitieron un dictamen del todo negativo y enteramente contrario al que dos meses antes había dado la respetable y competente comisión que presidió Alonso Rubio.

*Siempre el miso-
neismo*

Daba las últimas boqueadas la epidemia en España. Nos rendimos al fin: pero nos rindió la fatiga más que el desengaño; las mismas contrariedades robustecieron nuestra fe: tan seguros estábamos de que un día se impondría la verdad. Surgían vivos en nuestra memoria los recuerdos de pasados tiempos históricos. La Facultad de Medicina de París combatió a Paré porque se atrevió a ligar las arterias en que antes se cohibía la sangre con el hierro ardiente. A Vesale trataron de echarle por tierra su magnífica obra anatómica porque deshacía en ella crasos errores, y le llamaron loco. También sufrió befas y escarnio Harvey, el que publicó la nueva de la circulación general de la sangre, que llamaba Riolan «absurdo incompatible con la fisiología». Al médico Tronchin, propagador de la variorización, le apedreó el populacho en las calles de Ginebra. Nada menos que el

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

gran filósofo Kant llamó «inoculación de la bestialidad» a la vacuna contra la viruela de Jenner, quien perseguido y calumniado, no pudo lograr que la Sociedad Real de Londres publicara sus trabajos. Wels se suicidó, pobre y desesperado: había inventado la anestesia por el éter, y los disgustos le llevaron a la muerte. Esa misma anestesia general fué ferozmente combatida por el ilustre fisiólogo Magendie, del Colegio de Francia, que la anatematizaba por ser contraria a la moral y a la seguridad pública, ensalzando la utilidad del dolor en las operaciones. Y es que los técnicos, los profesionales, son los más temibles misonieistas. ¿Queréis más técnicos? ¿No eran ingenieros los que se burlaron de Fulton y de su barco de vapor? ¿No lo eran también los que aseguraban formalmente ser un absurdo hacer andar un coche como la locomotora, sin caballos, y no lo eran igualmente los que afirmaban que sus ruedas patinarían y no marcharían sobre los carriles por falta de adhesión? ¿No fueron técnicos los que hicieron fracasar a Peral? ¿No eran académicos de Ciencias los que no entendieron el estereoscopio de Brawster? El técnico suele ser el enemigo más temible de un inventor. Siente con más intensidad que nadie el escarabajeo del amor propio y no es refractario en ocasiones a la tristeza del bien ajeno. Los que mayores disgustos proporcionaron a Pasteur fueron sus compañeros de Academia.

Ferrán no podía escapar a la ley fatal. Cuando se me citaba el nombre de algún médico ilustre, honrado por la fama con justicia, o de algún biólogo renombrado como enemigos de la vacunación anticolérica, me encogía de hombros.—«¿La combate un sabio?»—Contestaba yo: «No importa: un sabio, por sabio que sea, no ha de saberlo todo y siempre puede aparecer alguien que sepa algo nuevo que él ignore.»—Franklin pudo reírse de todos los sabios de la Real Sociedad de Londres, más de lo que ellos se habían reído antes de su pararrayos. Las varas rígidas de acero que erizan nuestros techos desafiando las nubes, son, al cabo de siglo y medio, la mejor respuesta.

*El libro sobre la
vacunación*

Un año después del cólera, en Mayo de 1886, me reuní de nuevo en Tortosa con Ferrán y con Paulí, su activo, inteligente y constante colaborador. En quince días se hizo allí el libro titulado «La inoculación preventiva contra el cólera asiático», del que se publicó una segunda edición en 1912, y antes su traducción francesa por el Dr. Duhourcau, gran amigo y entusiasta ensalzador del bacteriólogo español. Escribí al correr de la pluma, argumentando, discutiendo, disipando dudas con interés verdadero de que la doctrina resultara claramente expuesta y de que los hechos de la pasada campaña llevaran el reflejo de la verdad. Nos dió esto ocasión de recordar contrariedades y triunfos, y escoger en nuestra memoria el rincón más digno de guardar remembranzas de los extranjeros que estuvieron al lado de Ferrán sin vacilación alguna. Chauveau, director de la Escuela de Veterinaria de Lyon, que en el Congreso de Grenoble defendió la vacunación anticolérica con toda la autoridad que le daba su competencia magistral en bacteriología y en vacunas animales; Respaut, siempre solícito y vacunado de los primeros; el citado Duhourcau; Cameron, miembro de la Cámara de los Comunes, que no sólo en pleno Parlamento inglés, sino también en la Sociedad de Ciencias naturales de Glasgow, habló por Ferrán; el portugués Abreu, que escribió una obra notable en razonada y vibrante defensa de la inoculación, y tantos otros que nos fueron de corazón y de cerebro adictos.

Nada humano de noble y generoso se pierde en el mundo. Es una semilla que tarda pero siempre fructifica.

*Labor fecunda de
Ferrán*

Poco a poco el tiempo, que no es ni joven ni viejo, porque no tiene edad, y como tal no siente impaciencias y sabe esperar, encontró la verdad y la sacó de entre los escombros que habían amontonado sobre ella las malas pasiones humanas. Para facilitar este hallazgo, la personalidad científica del inventor de la vacuna anticolérica va ennobleciéndose y acentuándose al compás de los años. El Ayuntamiento de Barcelona, su Alcalde Rius y Taulet, de esclarecida memoria, le coloca al frente de un magnífico laboratorio

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

de higiene municipal y allí continúa sus estudios fructuosos; no quiere dormirse sobre laureles que entonces eran aún problemáticos para muchos. Al poco tiempo adivina la vacuna antidiftérica y la pone en acción antes de Béhring y Roux, según está comprobado. Introduce en la práctica contra la hidrofobia su método supra-intensivo que adoptan luego muchos Institutos antirrábicos extranjeros. Va a Oporto, cuando la peste, e inventa la vacuna antipestosa que, por haber coincidido con Haffkine, se llama desde aquel momento de Ferrán y Haffkine; y redacta con los doctores Viñas y Grau una interesante Memoria sobre aquella epidemia, donde hay mucho que aprender. Vuelve a Barcelona, estudia sin cesar, trabaja de continuo; escribe artículos, redacta notas para las Academias científicas españolas y extranjeras acerca de cuanto de nuevo investiga y encuentra; defiende valientemente su derecho a la prioridad en la vacunación anticolérica que tratan Gamaleia y Haffkine de arrebatarse y logra que todo el mundo se la reconozca. Pónense en contacto ya con él sabios de diversos países que van comprendiendo la injusticia de los Brouardel de fuera y de los detractores de aquí. Son muchos los hombres de valía que empiezan a celebrar los destellos de su genio investigador. Y llega un día, al fin, en que la Academia de Ciencias de París le concede parte del premio de Breant, creado para los investigadores afortunados en el estudio del cólera. ¡Hermoso triunfo que le venga aún en vida de las amarguras pasadas! Marcha ya nuestro insigne bacteriólogo por el camino firme de la fama bien conquistada, acompañado por la justicia que, aunque tardía a veces, siempre resulta justicia. Ya no es para los hombres de ciencia aquel obscuro médico de Tortosa que tuvo, en opinión de sus detractores, la osadía de ser el primero en meter dentro del cuerpo humano microbios vivos; ya no es aquel que pretendía ser el inventor de una vacuna salvadora; ya no es el vacunador perseguido, acosado, befado y calumniado por propios y extraños en 1885; ya son pocos los que dudan de la eficacia de su inoculación anticolérica y

muchos los que se proponen usarla en países diversos; ya se ha visto que por procedimientos semejantes o análogos surgen vacunas de todas clases para las enfermedades microbianas. Ya, finalmente, se ha comprendido que Ferrán tenía razón, pese a cuantos contra él azuzaron odios viles y envenenadas pasiones.

*Bacteriología de
a tuberculosis*

No quedó sólo en todo lo anterior la labor incesante de Ferrán. Su cerebro era de los que sienten ansia infinita y apetito insaciable de lo desconocido, y su espíritu, un espíritu constantemente despierto e interrogador, al acecho siempre de las respuestas que arrancaba a la Naturaleza, sabiendo que ésta se entrega pocas veces espontáneamente y gusta en cambio de ser atormentada y forzada. De ahí arrancaron los estudios más originales de Ferrán que, al cabo de algunos años, le permitieron demostrar cómo el bacilo fímico de Koch, tenido por protagonista insustituible en el drama morboso de la tuberculosis, no es más que el último término de una serie de microbios; un bacilo que, aun siendo muy dañino, necesita defenderse dentro del cuerpo humano con una cubierta grasa resistente a los ácidos; y que el primero de la serie, la verdadera raíz genealógica de todos los demás, responsable desconocido hasta que lo descubrió Ferrán, es el que éste ha llamado *alfa*, convirtiéndole hábilmente luego en vacuna provechosa.

No es extraño que tal concepción heterodoxa, por atentatoria al dogma que parecía inmutable, despertara oposición clamorosa. También en esto se equivocaron las inteligencias perezosas para admitir novedades, porque, a pesar del cisma, es mayor cada día el número de los sabios extranjeros que comprueban en el laboratorio los originalísimos fenómenos descubiertos por Ferrán sobre el curioso polimorfismo del bacilo de Koch, y aún son más los que utilizan en la práctica el uso, como vacuna, de los *alfas* que él dió a luz.

No se equivocaría el que creyera que estos estudios de Ferrán harán su nombre más célebre en la historia de la Medicina por su originalidad y trascendencia que le ha

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

hecho aquella inoculación anticolérica nacida en Tortosa y confirmada en Valencia hace muy cerca ya de medio siglo. Que lo diga el Dr. Petit, del Instituto Pasteur, que, en sesión solemne celebrada en el Ateneo de Madrid, no ha mucho, con motivo del centenario del gran sabio francés, afirmaba que los novísimos trabajos de Ferrán sobre las mutaciones, no sospechadas antes, del bacilo tuberculoso, habían sido comprobados en el citado Instituto. Que salga a confirmarlo el Dr. Vaudremer, quien, él mismo, personalmente, los ha repetido con buen éxito en su laboratorio de la Escuela práctica de Estudios superiores de París, y más de una vez ha dado fe de ello.

¡Qué lejos estamos del Brouardel desdeñoso y despectivo de 1885!

Se encontrarán ya naturales, hasta por los más apasionados en contra, los elogios tributados a Ferrán por sabios extranjeros, más amigos de la justicia que nuestros propios compatriotas. ¡Ah! Estos no tienen perdón. ¿Creeréis que cuantas veces hemos trabajado los amigos de Ferrán en conseguir el premio Nobel para recompensar su larga vida fecunda, dedicada toda ella a la ciencia y al bien de la humanidad, otras tantas hemos encontrado la intriga vil urdiendo desde aquí, en la sombra, lo que había de dar al traste con nuestros nobles intentos? En cambio, oidme sólo dos minutos y sabréis el concepto que a los de fuera ha merecido nuestro sabio español. Ehrlich, el ilustre Ehrlich, que nadie puede recordar sin aplaudirle, decía no ha mucho: «Yo estimo principalmente al Doctor Ferrán y creo que la ciencia debe acordarse de él con gratitud; él ha sido el primero que ha trabajado en el terreno difícil e importante de la inmunización del hombre contra el cólera, de un modo admirable». El profesor Bouchard, tan conocido de todos nosotros, levantó en cierta ocasión su voz diciendo de Ferrán que sus trabajos «tan combatidos en su primera época eran exactos» y que Ferrán había sido «un precursor». Courmont, dedicado con fruto a estudios interesantes acerca del bacilo fímico, decía también, cuando se le pidió

Elogios a Ferrán

parecer, que el método del bacteriólogo español parecía imposible en la época en que se descubrió porque «se adelantaba a la ciencia oficial», y acababa con la afirmación de que el nombre de Ferrán «quedaría siempre unido al descubrimiento de su vacuna anticolérica y que su competencia en bacteriología, por otra parte, no podía ser discutida». Richet, el simpático octogenario Richet que yo conocí hace más de 30 años en su cátedra de París, en los tiempos en que trabajaba con Héricourt en los primeros ensayos de sueroterapia, y que he seguido tratando con el afecto de una larga amistad, fué y es siempre un entusiasta de Ferrán, escribía en una carta que, aunque no reciente, tengo á la vista: «Ferrán se atrevió a atacar el problema más difícil de la biología... y ha sido el que ha fijado los principios de un método nuevo e inaugurado los de una terapéutica que durarán como duran las verdades fundadas sobre positivas experiencias». Calmette, el mismo Calmette cuya vacuna antituberculosa ensalzan algunos médicos españoles, olvidando la de Ferrán, escribía una vez más con pluma firme y leal: «Yo he visitado el laboratorio de Ferrán, he trabajado con él cuando la peste de Oporto y atestiguo que es un sabio digno de todo respeto».

Ferrán resulta ya, como véis, un hombre justamente considerado. El Ferrán de 1885, vilipendiado y escarnecido, ocupa ya un puesto preeminente en el mundo científico. Durante un almuerzo que hace siete años nos ofreció Roux a Ferrán, Pulido y a mí, en París, oíle decir cariñosamente: «On n'osera jamais, docteur Ferrán, vous nier la gloire d'avoir été l'inventeur de l'inoculation anticholérique, et l'humanité vous sera toujours reconnaissante». Roux mantenía con nuestro bacteriólogo amistad muy íntima; había vivido en su casa de Barcelona, visitado su Instituto de la Sagrera y conocía a fondo su indisputable mérito.

No eran las frases del ilustre director del Instituto Pasteur más que la confirmación de otras más antiguas. Cuando el informe presentado por Roux a la Academia de Ciencias con motivo de la concesión del premio Breant a Ferrán,

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

decía del sabio español lo siguiente: «Ferrán ha sido el primero (notadlo bien, señores), ha sido el primero que ha demostrado la acción patógena del vibrión colérico en los animales y hecho ver que quedan inmunizados contra la enfermedad»: (ambas cosas, digo yo, le hablan sido negadas en Valencia por un catedrático de Medicina y en el Ateneo de Madrid, cuando el célebre debate, por otro que asimismo se atrevió a decirlo). «También al Dr. Ferrán—continuaba diciendo el informe de Roux—le corresponde la iniciativa de la inmunización preventiva en el hombre por la inyección subcutánea de cultivos apropiados», y acababa añadiendo que el médico español «merecía el premio de la Academia» por «lo mucho que había contribuido a ensanchar los conocimientos acerca del cólera». Era bastante decir en 1907.

Hablan de vivir ahora muchos de los que en 1885 denigraban a Ferrán juzgándole ignorante atrevido, mercachifle censurable y hasta punible, y, si tuvieran algo que poseen los hombres que se estiman, sentirían el calor de la vergüenza abrasarles el rostro, y la pesadumbre en el pecho del remordimiento de un pecado irreparable. Pero tal remordimiento sería aún más urente, mordicante y doloroso a haber llegado a sus oídos, que un tiempo fueron sordos a la verdad, los resonantes éxitos de la vacunación anticolérica en estos últimos años.

Ya antes de la guerra empezaron a probar su eficacia en lejanos países, pero el trágico y casi apocalíptico conflicto mundial que durante cuatro años ensangrentó la tierra, sirvió para probar de un modo claro, elocuente y definitivo la verdad de la inmunización anticolérica. El mismo Roux escribía a Ferrán en Mayo de 1915 que en el Instituto Pasteur estaban fabricando a toda prisa grandes cantidades de vacuna para los beligerantes.—«No podía Vd. imaginar, cuando inauguró su vacunación anticolérica, que ésta serviría para conservar la salud de los ejércitos en campaña». Después, más tarde, el 1.º de Diciembre de 1929, el Dr. Rieu-Vernet publicaba un artículo en el que se podía leer: «Ejércitos enteros de todas las naciones deben la vida a Ferrán y

Triunfo de la vacunación anticolérica

es muy justo que en nombre de todos los combatientes de la gran guerra, que él inmunizó contra la muerte, nos dediquemos a dar a conocer su obra a las gentes». ¡Qué escalofrío de emoción produce esto y qué desprecio inspira hacia los ignorantes, los aviesos y los torpes que en 1885 no creyeron a Ferrán!

El éxito de su vacuna, en medio de los horrores de la lucha gigantesca, fué sorprendente. Pocas circunstancias como aquellas más a propósito para la experimentación decisiva contra el cólera, que ha sido siempre en las guerras una enfermedad por excelencia castrense. Leed a Hoffmann «Los médicos alemanes en la guerra mundial»: En ella veréis, según el autor dice, que «en lo sucesivo no deberá faltar la vacunación anticolérica entre las armas de combate contra la epidemia».

Y tal fe inspiraba el procedimiento, que en Julio de 1918 la mayor parte del ejército alemán estaba ya vacunado. No anduvo tampoco reacio el ejército italiano en esto de la inoculación. Rombi afirma que la vacuna anticolérica habla prestado en él servicios inapreciables y que era «la única garantía contra el cólera». ¡La única garantía, señores! ¡Cuán lejos estamos de los Brouardel, Charrin y Albarrán! La misma eficacia fué la de la vacuna entre los soldados austriacos en 1916, en que, según Kamp y Kretschem, la inoculación «confirió rápidamente la inmunidad»; y en el ejército francés de los Dardanelos de acuerdo con Poitevin, y en las filas del servio y del rumano, y en las tropas indias según Micholson, y en todas partes y ocasiones en que se acudió al recurso supremo de la inmunización. Del informe del Doctor Cantacuzène, rumano, al *Office International d'Hygiene* son muchos de estos datos.

Luego, en la paz, la vacuna sigue siendo usada con igual éxito. El Japón la ha hecho nada menos que obligatoria en tiempo de epidemia, y los franceses también en la Indochina donde no ha mucho se fabricaban al año veintiséis millones de centímetros cúbicos de líquido vacunífero para seis millones de habitantes. El general Boye certificó que

SESIÓN NECROLÓGICA: JAIME FERRÁN

allí donde se pudo vigilar la epidemia «cortóse rápidamente con la vacuna».

El argumento de que ha habido algún bacteriólogo que ha modificado el procedimiento de Ferrán no invalidará ni su fama ni su gloria. ¿Porque ahora se vacuna de distinto modo que vacunaba Jenner, servirá ello para negar su mérito de inventor? ¿El que en estos últimos tiempos haya una vacuna antitífica que se toma por la boca, negará que fueran Ferrán y Widal los que tuvieron la genial iniciativa de inventarla en forma de inyecciones?

Bien sentado está el triunfo de Ferrán. ¡Ah, gentes maleantes de 1885, almas enconadas, corazones envenenados por la envidia, espíritus nublados por el orgullo, caracteres torcidos por la mala intención, que fueron obstáculo lamentable en la obra de Ferrán! ¡Médicos empedernidos por el error, periodistas que dudaron, autoridades ineptas, Catedráticos en desvarío, vulgo ignorante, cuantos organizaron la cruzada contra una noble empresa de cultura y humanidad! ¿Qué harían si ante ellos se levantaran ahora los ciento veinte mil cadáveres que de los ciento cuarenta mil invadidos en España pudieron salvarse por la vacuna y les echaran en cara su torpeza que les robó la vida?

HE DICHO.

*Terminóse la impresión de este Cuaderno
el día 20 de Febrero de 1931*